

XXI

REAL
LA
TOS
CORTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s

PREMIO DE RELATOS CORTOS

LOS MONEGROS

2019



Edita:

Instituto de Estudios e Investigación de Los Monegros

Avda.Fraga, nº 42 22200 Sariñena

e-mail: ieim@monegros.net

Depósito legal: HU 216 2019

Imagen Portada: Cartuja de Ntra. Sr. de Las Fuentes.

Fotografía: Turismo de Aragón

Web relatos cortos:

www.losmonegros.com/sitios/relatos

Componentes del jurado:

Gonzalo Gavín González (Presidente)

Jesús Brau Grasa

José Ángel Sánchez Ibañez

Cristina Grande Marcellán

Miguel Ángel Ordovás Mateo

Oscar Sipán Sanz

Marta Armingol Armañac

Isaías Fernández (Secretario)

PREMIO DE RELATOS CORTOS

LOS MONEGROS

2019

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 7

1^{er} PREMIO

Rafael de Águila Borges
“Rebehka” 9

2^o PREMIO

Oswaldo Gallone
“En forma” 29

MEJOR RELATO MONEGRINO

Manuel Lozano Tébar
“La curiosa mutación de Ladislao Benegas” 53

Un total de 582 relatos procedentes de más de 20 países concursaron en la 21ª edición del Certamen de Relatos Cortos “Tierra de Monegros”. Entre ellos, tres merecieron ser finalistas tras la selección y deliberación realizada por el jurado, cuya eficaz labor hay que destacar y agradecer. Los ganadores proceden de Cuba, Argentina y de España. Unos orígenes que subrayan la internacionalización alcanzada por este Certamen.

La Comarca de Los Monegros, a través del Organismo Autónomo Instituto de Estudios e Investigación de Los Monegros, publica un libro recopilatorio de los relatos premiados en cada edición. El objetivo de esta publicación, que tienen en sus manos, es doble ya que, por un lado, contribuimos al fomento de la lectura y a la promoción de los autores y, por otro lado, a la difusión de esta iniciativa cultural, por la que continuamos apostando. Una iniciativa que a lo largo de sus 21 ediciones se ha consolidado como una importante herramienta de promoción para Los Monegros y un medio de difusión cultural de reconocido prestigio.

Enhorabuena a los premiados y a todos y todas los escritores y escritoras que han participado en esta edición. Os animamos a descubrir en estas páginas las historias ganadoras que nos hablan de sentimientos, de venganza, de alegría y de tristeza. Con sentido del humor y con rigor en el lenguaje utilizado en unos relatos breves que nos atrapan desde el primer párrafo.

Carmen Soto Gracieta

Consejera comarcal de Educación y Cultura



PRIMER PREMIO 2019
Rebehka
Rafael de Águila Borges

Rafael de Águila Borges

Rafael de Águila Borges nació y vive en La Habana (Cuba). Es narrador, crítico, ensayista y politólogo. Ha publicado numerosos libros. Entre ellos “*Último viaje con Adriana*”, Ed. Letras Cubanas, fue Premio Pinos Nuevos en 1997, “*Del otro lado*”, fue Premio Nacional anual Alejo Carpentier, en 2010, “*Viento del Neva y otros relatos*”, Ed. Letras Cubanas, consiguió el Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortazar en 2017 y, el último, “*Todas las patas en el aire*”, Ed. Casas de las Américas, fue Premio Internacional Casa de las Américas, en 2018.

Ha participado en seis antologías. Las últimas “*Cuba: L’ Arte di Congiuare*”. Universidad de Roma en 2013 y “*Los mambises del 2000. Antología de cuentos sobre nuestras Guerras de Independencia*”, Ed. Gente Nueva, en 2014.

Ha recibido diversos premios. Entre ellos, el Premio Nacional Anual de Cuento para mejor libro de autores Noveles Pinos Nuevos de Cuento (1997), el Premio Nacional Anual Alejo Carpentier de Cuento 2010, el Premio de Cuento de la Unión Nacional de Escritores de Cuba (2010, Premio Anual de Cuento de la Revista La Gaceta de la UNEAC, Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar (2017) y Premio Internacional Casa de las Américas de Cuento (2018).

Entre otras distinciones es embajador del idioma español en el mundo, concedido por la Fundación Española César Egidio Serrano, sus artículos aparecen en publicaciones cubanas y extranjeras, ha sido invitado en numerosas Ferias Internacional del Libro (México, Alemania, Venezuela, Bolivia, ...). El Grupo de Teatro de Carlos Barón de la Universidad de California ha llevado a escena seis de sus cuentos cortos del año 2002 y, posteriormente, en La Habana. En 2019 es invitado a participar como ponente en la reunión anual de la Latin American Studies Association (Boston- USA) y en 2019 el Ministerio de Cultura de la República de Cuba le otorga la Medalla por la Cultura Nacional.

Rebehka

Rafael de Águila Borges

"Mía es la venganza y la retribución..."

Deuteronomio 32:35

Los dos hombres quedaron parados allí, mirando a un lado y otro, resistiendo la brisa, una racha tenaz arrastraba la basura de las calles, la mugre, las hojas secas de yagruma, los hombres se llevaban las manos a los ojos, los dedos como parapetos para protegerse del sol. El más viejo quiso saber: dime que estás perdido, dime que no recuerdas el sitio. El otro no dejó de mirar, suspiró: *merde*, ahí, estoy seguro, había un hospital, *oui, l'hôpital...*, *un grand bâtiment*, un edificio imponente, color terracota, ahora... ya puedes ver tú. Los dos quedaron manos a la altura de los ojos, no dejaron de mirar, de resistir el vendaval, de entornar los ojos para dejar fuera el polvo, el sol. Un parque, dijo el más viejo. Eso, el sitio se cae a pedazos, acá cuando algo cae... levantan *un parc, c'est la solution*. El otro sacó un pañuelo y se enjugó la frente: maldito calor. El sol parecía recelar de ellos, espiarlos. Te quejas, ayer en París tuvimos 39 grados, hubo dos muertos, acá nadie

ha muerto de calor. No, dijo el otro, acá mueren de otras porquerías. *Ah, oui*, cada uno muere de la mierda que le toca, *ici ils meurent d'autres conneries*, repitió el otro. En París el calor era seco, detenido quedaba el aire, acá podía llegar un huracán, el calor llegaba lo mismo. Una vez más los hombres miraron en dirección al parque: ahí, dices, había un edificio. Sí, un *grand hôpital*, de niños, *pédiatrique*. Cuando Erasmo te trajo y te mostró donde vivía el Tigre, ¿desde dónde llegaron? No sabría decir, pensó el más alto, no sabría: ocurrió hace ya 34 años, son muchos años, *je ne me souviens pas*, y estaba el viento, mucho viento, mucho sol, muchas porquerías, demasiado tiempo como para recordar desde qué sitio llegó uno acá, a esta esquina. Si desde aquí. Si desde allá. Vaya a saber. Vaya a preguntarse a Dios. A indagar si él, tan silencioso, desea responderte. Creo llegamos desde allá, desde la avenida, pensó el hombre. Lo dijo así: *nous sommes arrivés de l'avenue*. Perfecto, vamos avanzando, ¿bordearon el edificio? Lo hicimos, pensó el hombre, caminamos a un lado del hospital, un hospital infantil, le *grand hôpital pédiatrique*, así lo explicó entonces Erasmo: mañana te vas, quién sabe cuándo puedas volver a este país, un día volverás, tienes que recordar dónde vive, llegas desde allí, ¿ves?, se volvió para señalar hacia la avenida: desde allí, sí, dijo ahora él, llegamos desde *l'avenue*, esta es la calle 27, había dicho Erasmo, recuerda, 27, bordeas el hospital. Desde el tiempo le llegó todo aquello, un *déjà vu*, un mensaje, el tiempo silabeando, desde allá, desde la lejanía, desde el pasado, sílabas todavía cargadas de humedad, de sal. Y polvo, porque entonces también era el polvo, anegándolo todo. El sol parecía ya desde entonces tener las fauces abiertas, calientes y abiertas, quizá mucho más abiertas que ahora, hirvientes, tal vez

otras fauces, las del tiempo, habían estado igual de abiertas, puede que así hayan estado siempre, al menos en este país. Todo exhibiendo fauces calientes y abiertas. El sol. El tiempo. Por siglos y siglos. Todo listo para desahuciarlo a uno, derretirlo, devorarlo. Hervirlo. Siglos y siglos. Sentarse en un sitio y hervir. Ser hervido. El lugar siempre había hecho eso. Siempre lo había convertido a uno en mierda. Hirviendo la mierda. *Merde*, dijo ahora el más alto. Tienes que decidirte, tienes que recordar, conminó el otro: *vous devez vous rappeler à la fois, vite*. La brisa no dejaba quietas las hojas de yagruma, las llevaba y traía de un sitio a otro. Por allí, llegamos desde la avenida, desde la calle que está más abajo, 27 es la calle. Eso dijo. Y el sol y la brisa no dejaron de hacer lo suyo, arrastrarlo todo, aherrojarlo todo, joderlo todo, eso era lo suyo. Obstinos como eran. Los dos hombres caminaron calle abajo, las manos sobre los ojos, diciendo *merde*, diciendo *pays dégénéré*, tantos años en París les habían metido dentro esas expresiones, les habían metido dentro *merde*, y protegerse los ojos con las manos, y denostar al calor, proferir, con la sonoridad parisina *merde*, repetirlo: *merde*, no silabear carajo, repinga, qué destimbalante calor, cojones, nos ahogamos. No. *Merde*. Solo eso. Es ahí, dijo el hombre, en el tercer piso. ¿Seguro? ¿*Là?*, ¿*tu es sûr?* Tres décadas atrás, y Erasmo señalaba, tres décadas y Erasmo erguido precisamente donde ahora erguidos estaban ellos: es allí, tercer piso, número 6, yo me voy a morir pero tú lo recordarás. El hombre tragó algo, algo que no era saliva, algo que era puro vacío, mero movimiento de la glotis: seguro, es ahí. Los dos miraron arriba, el sol se había movido ahora a sus espaldas, las espaldas de ambos, calentándolos, empujándolos, suban, hagan lo suyo,

cada uno debe hacer lo suyo, conminaba el sol, por eso pudieron ellos mirar arriba, mirar sin protegerse los ojos, sin hacer parapetos, empalizadas de los dedos. ¿Cuánto tiempo desde que dejamos de verlo? 34 años, dijo el más alto. ¿Te acuerdas del día? 6 de agosto. Inolvidable, dijo el otro. *Inoubliable*, vamos, *allez*. Subieron las escaleras a saltos, como adolescentes, como si 34 años no importaran a las piernas, a los alientos, a los pechos: hemos esperado tanto tiempo, sí, demasiado, pero todo llega. Eso dijeron. *Ah, oui, tout*. Se detuvieron ante la puerta. Es aquí. ¿Seguirá viviendo en esta casa? ¿No se habrá mudado? No, ese animal era de hábitos fijos, todo muy regular, nos apaleaba todos los días, a la misma hora, nos metía en el hueco los viernes, nos sacaba los lunes, así cada año. ¿Te acuerdas de las horas de las tundas? Cambiaban cada mes. Sí, era un sádico. Un anormal. El resto nunca nos trató mal, solo él. ¿Vivirá con alguien? ¿Qué hacemos si vive con alguien? No, un tigre siempre vive solo. Nadie lo acompaña. Siempre anduvo solo. Ahora estamos acá, ahora no lo salva ni el sol. Ni el viento. Ni el país. Ni los parques. Ni los hospitales. Ni la brisa. No lo salva nadie. *Un anormal, un sadique*. ¿Qué edad tendrá ahora? Unos 70, quizá. Un anciano. No, un tipo que nos jodió la vida, un *vieil homme putain*, un tipo que ahora vamos a joder nosotros. Los hijos de puta cuando llegan a viejos siguen siendo hijos de puta. *Ah, oui*. Primero fueron jóvenes hijos de puta. Después viejos hijos de puta. Todo eso se dijeron. Allí. A un lado de la puerta. Mirando el número 6, desvencijado el número, oxidado, con la giba del 6 casi borrada. Una puerta descolorida. Enhebrada. *Merde*. Sí, *merde*. *Allez*. Y tocaron. Dos toques. Ni fuertes ni débiles. Dos. Las manos temblorosas, innegable eso. Las manos pueden temblar

aunque el espíritu se mantenga rígido. No van a tono manos y espíritu. Las manos puede sientan el influjo de Dios; el espíritu vaya a saber si del Diablo, eso si tales entidades existieran. Que de tales no hay seguridad. De las manos de ambos sí, ahí están, puede verse, tiemblan, las manos de ambos son blancas, eso es seguro, es comprobable, contrastable, ahí están, blancas y tiemblan, cualquiera podría verlo, quizá demasiado blancas, demasiado temblorosas, han sido más de tres las décadas, 34 años, en París, tres décadas sin el sol de estos sitios, el polvo, el viento, la mugre, ingredientes todos ellos que percuden, decoloran, agreden. De las manos y los tiempos de Dios, en cambio, nadie conoce las tornas. Todos esos años han soñado ellos, mucho, soñado que precisamente sea él quien abra ahora la puerta, el Tigre allí, parado, escupitajo de los años, mirarle a los ojos, no los reconocería él, no, él no, porque el tiempo, porque el polvo, porque el sol, sin olvidar los 34 años, tres décadas, mucho tiempo, por eso no los reconocería, ellos sí, ellos no lo han olvidado, ellos no lo olvidarían nunca, *jamais*, quien golpea olvida al golpeado, es nada el golpeado, un bulto indemne ahí, una argamasa, un cascajo, un fardo, sin rostro, sin nombre, sin fecha, el golpeado en cambio no olvida, nunca, a pesar de las décadas, del polvo, del sol, del viento, pueden medrar arrugas, sí, sumarse años, sí, eso y las décadas, no se olviden las décadas, mas así como perdura la luz en los ojos así perdura la memoria del golpeado, relumbra, lo mismo que los ojos, la memoria, sí, muta el rostro, muda la piel, blanquea el cabello, penan ellos los primeros, la memoria no, los ojos no, ojos y memoria persisten, evidencian lo que se ha sido, avisan lo que se es, lo que se persiste en ser, nadie, justo es decirlo, puede saber lo que será, no, eso

no, eso quizá el sol, tal vez Dios, Él y sus tornas, relumbran ahora los ojos, eso delata a los conejos, eso traiciona a los lobos. Los ojos. Ellos hoy dejarán de ser conejos, han acudido al lobo. A voluntad. A gusto. Lo miraran fijo. Con el mismo relumbre en los ojos. Siempre llega día para eso. Días para el golpeador, días para el golpeado. Así lo hacen saber las Sagradas Escrituras. Al fin llega para ellos día de retar al lobo. Encarlo, dejarlo allí, abierta la boca, tendido, despatarrado, sangrante, hacerlo pagar al fin hoy todas las golpizas, todas las afrentas, matarlo, ese era el plan, matarlo para horas después tomar el vuelo a París, *Air France, Première Classe, vous voulez un champagne, monsieur, s'il vous plaît?*, eso tranquilos, relajados, degustar champancito frío a 30 mil pies, *chardonnay brut* bien alto sobre el Atlántico, champancito mirando el culo a la azafata, escueto culo francés, no los exuberantes de esta tierra, mirarle el culo y sentirse vengados, resarcidos, rehabilitados, detrás el Tigre cada vez más tieso sobre el suelo, un piso caluroso y hediondo de La Habana, ellos ya sin agravio, mirando desde lo alto, comentando la belleza de la alfombra interminable de nubes, nacaradas las nubes, nacarada ya la memoria, en paz con el pasado, en paz con la vida, con las horas de diaria golpiza, tunda le llamaba en su jerga el Tigre, hoy les voy a dar una tundita, decía, socarrón, el vergajo en la mano, eso han recordado ellos, por décadas, los fines de semana de hueco, los palos, los años, *merde*, sí, señor, *merde*. Ese recuerdo los ha trasudado. Los ha jodido. Los ha revolcado. Los ha perdido. ¿Qué desean? La puerta la había abierto una muchacha. Short y blusa escueta. La miraron, descalza, cabello arremolinado, escoba en mano. No dejaban de mirarla, hipnotizados. Algo llegaba desde aquel rostro. Tres décadas pero

algo. Los rasgos, los ojos, la memoria. Ramón Elejalde... ¿vive aquí? Fue el más alto quién preguntó. Dubitativo, temeroso. Cohibido, sí, ante la belleza sencilla y casi procaz de la chica, los muslos blanquísimos, los ojos, eso que delata a los conejos, que traiciona a los lobos. Vivía, dijo la muchacha. Fuera descarnaba el sol y los hombres lo sintieron. Aun bajo techo, aun a cubierto lo sintieron. Sintieron la mugre, el huracán de tres décadas. El calor. El prólogo de hervir. Intuyeron que debían protegerse los ojos, llevar las manos arriba, parapetos las manos, ambas manos: ¿dónde vive ahora? Los muslos blanquísimos, perfectos: murió, hace cinco meses. Los hombres se miraron. Murió. No. No era posible. El más alto apretó duro los ojos. Murió, se dijeron: *merde, la mort*, con los ojos lo dijeron: *merde*, con los ojos lo gritaron, llegamos tarde. Se lamentaron: *est mort, putain*. ¿Vivía aquí? Sí, soy su nieta. Los ojos, delatores que son, loba la muchacha, ojos de loba. Ustedes... ¿lo conocieron? Los hombres asintieron. Quisieron explicar, decir que demasiado, explicar los palos, los huecos, los gritos, las burlas, los lunes, días de cascada, así le llamaba el Tigre, aluviones de mierda y orina que dejaba caer sobre ellos, *jours de cascade*, la mierda de todos recogida en baldes, eso los lunes, explicar la risa ante cada golpe, hijo de tu puta madre, así gritaba, quisieron explicar todo eso pero solo musitaron, por lo bajo, inaudible casi, y sisearon: *merde*, así, en francés, no carajo, no cojones, no repinga, el *singao* este se murió, no, mascullaron *merde*, por 34 años habían escupido sobre los puentes del Sena, 34 años y debajo vadeando el agua gris, agua como masa boba, ajena, como lo fueron desde entonces sus vidas, agua inerte y ellos sentados allí, fumando, a un lado de los *boulevards*, entre *clochards* argelinos y campesinos

provincianos, entre putas rubias llegadas desde el Este y parisinos despectivos, a la vista de la Torre Eiffel, del *Pont Saint Michel*, a la vera del Sena. Ah, pero pasen, por favor, no se queden ahí, vengan, pasen. Eso propuso la muchacha, enhiestos los muslos, dos columnas dóricas, dos contrafuertes de carne, y desde la blusa los pechos, saltando detrás, pechos de loba, nieta de Tigre, mixtura de tigresa, carne de su carne. Pasen, vengan, sin pena, siéntense, usted ahí, por favor. Muy comedida y educada la chica, pensaron, en francés lo pensaron: *instruit la fille, et belle, oui, très belle*, tanto tiempo que hasta en ese idioma se sorprenden pensando. El trío se mira. Los dos hombres en el sofá. Ella en una butaca. La escoba allá, a un lado de la puerta. Y los muslos de la chica, esos que los hombres por educación esquivan, y los pechos. Casi no pueden esquivar los pechos. ¿Ustedes fueron amigos de mi abuelo? Asienten los hombres, temen asentir, temen no parecer veraces, pero asienten: amigos, se atreven a decir. Les cuesta, sin embargo, les cuesta porque han sido meados, golpeados, sangrados, enjaulados, pero no obstante pueden decirlo: amigos, casi lo han hecho con veracidad, con convencimiento. A ella, por ejemplo, la han convencido. Hemos venido hoy aquí a matarlo pero amigos. Eso dice el más viejo, en francés, claro, en francés lo ha dicho, en francés ahora lo repite: *nous sommes venus ici aujourd'hui pour le tuer, mais amis*. Ella lo escucha, admirada, y sonríe: mi abuelo tenía muy pocos amigos, confiesa. Lo dice y los mira, se diría que los escruta, los escanea, lo hace con esos ojos de loba, ojos de su abuelo, relumbran los ojos, ellos también la miran, diferente pero la miran. *Merde*, piensan, y apenas por un segundo desvían los ojos, apenas por un segundo no dejan de mirarle los muslos, jugosos, blancos, redondos,

torneados, no las patas peludas y toscas del abuelo, aquellas, con las que solía patearlos tres décadas antes, no, esas no, muslos de diosa, lampiños, pulidos, como marmórea piel, aquella, la lograda por Michelangelo, ojos de loba, eso sí, los mismos ojos. Nunca, para serles franca, conocí a algún amigo de mi abuelo, reincide en decir. Y sonríe, pregunta si café: ¿desean café? Ellos que no: no se moleste, señorita. Ella que molestia no era: molestia ninguna, amigos que eran de mi abuelo, es mi deber, ojalá estuviera hoy él aquí, ojalá pudiera haberlos abrazado, pero el cáncer, ya saben cómo es el cáncer, una mierda el cáncer. *Ah, oui, une merde*, piensan ellos, una mierda lo haya matado el cáncer para impedir que lo matemos nosotros, eso dicen ellos, en francés, bajo lo dicen, lo cuchichean, ella rebusca ahora en la cocina, ruido de trastos que remueve, *très bonne hôtesse*, piensan ellos, sí, buena anfitriona lo es, y no me digan señorita, grita desde allá, eso es palabra y costumbre de viejos, y ustedes no lo son tanto, me llamo Rebeca, así les dice, más bien les grita mientras maniobra con la cafetera, el polvo: tengo café brasilero, declara, regalo de un amigo de Belo Horizonte, ¿saben dónde es Belo Horizonte?, ellos desde el sofá que claro, sabían, y ¿ustedes por qué tienen esa manera tan rara de hablar?, quiere saber desde la cocina, es curiosa, todo quiere saberlo, quizá todo lo advierta, lo huele, lo intuya, loba al fin, nieta de quien es, ellos que la jerga de París: esa jerga se nos ha pegado, vivimos en París, admiten, lo hacen mientras desde el bolsillo devuelven el arma a la mochila, ah, París, profiere ella, qué maravilla, algún día quiero ir a París, ya sé que tengo allá a amigos de mi abuelo, y ellos que sí, que la reciben, cuando ella quiera, faltaría más, ahí está ella de regreso con la fuente, encima las tazas, humeantes las tazas,

muy bueno el café, de Belo Horizonte, lo alaba ella, y sonríe, y los muslos, contrafuertes los muslos, y la inteligencia, sí, aguda es la chica, loba al fin, aguda los mira, no importa que el café sea brasileiro, que allá afuera impere e inunde el calor, que alevosos aguarden el sol para hacer lo suyo, paciente que es el sol, ella los mira, degustan todos el café, a sorbos, como lo hacemos los cubanos, sorbemos, la mirada abajo, para después mirar arriba, alabar el sabor. Les voy a ser franca, dice, no sabía que mi abuelo tuviera amigos. Tu abuelo fue un gran hijo de puta, un sádico, un animal, así ha declarado el más viejo, lo ha dicho lento, cadencioso, en francés: *votre grand-père était un grand fils de pute, un sadique*. Ella lo escucha y sonríe: precioso el francés, no, de verdad, me encanta. Deja la taza sobre la vajilla para mirarlos: nunca le conocí amigos a abuelo, lo dice y al rostro llega cierto tono de tristeza, ese matiz que anega las caras cuando se admiten desventuras, especialmente desventuras que a los muertos se atribuyan, desventuras que los finados ya no pueden enmendar. Ellos terminan el café, las s todas han regresado otra vez a la vajilla, excelente el sabor del café de Belo Horizonte, ese fue el consenso de todos, entre la chica y los dos hombres una mesita, una mesita y mucho tiempo. Eso media. Una mesita y hechos que, al menos, de un lado se ignoran. ¿Dónde lo conocieron?, quiere saber la muchacha. No saben ellos qué decir, preguntona la pajarita, dice el que siempre ha hablado en francés, ella lo mira y ríe: no, así no se vale, se queja, ustedes hablan en francés, y yo no los entiendo, *buasúa buasifuá*, se burla ella, no, hablen español. Lo conocimos en Camagüey, dice el más alto. Ah, no sabía, de verdad, no sabía que mi abuelo había vivido en Camagüey. Usábamos... uniforme entonces. ¿Eran

militares? Pues... sí, puede decirse que... éramos militares entonces, vuelve a decir el más alto. Tampoco sabía que mi abuelo hubiera sido militar. En la mochila pesaba el arma. El que ha hablado siempre en francés tiene la mochila encima, mira a la chica y juega a abrir y cerrar el broche de la escarcela. Una vez y otra, lo abre y lo cierra. Se miran, no saben qué otra cosa decirse. ¿Cuántos años tienes? 19, dice ella. Tu abuelo y nosotros... nos hicimos amigos desde mucho antes, no habías nacido, dejamos de vernos hace... 34 años. Ella los mira, los valora, los calcula, los sopesa, es loba, eso suelen hacer los lobos, pegan la cabeza al suelo y aguzan los ojos, por eso achica ahora ella los ojos, los aviva: ustedes... no tienen la edad de mi abuelo, ustedes... son mucho más jóvenes. Loba al fin lo ha dicho. Casi veinte años menos, admite el más alto. ¿Ustedes también eran militares?, ellos que por aquel entonces lo eran: sí, militares, ah, ¿y dicen que mi abuelo era militar?, tu abuelo, sí, teniente, ah, por eso conocieron a mi abuelo, por eso, conviene otra vez el más alto. ¿De qué murió Ramón?, quieren saber. Que en paz no descansa, suelta el otro, en franchute. Les dije, de cáncer, pobrecito, cuatro meses de agonía, uy, no saben, pobrecito, cáncer de pulmón, se ahogaba, había que ponerle oxígeno todo el tiempo, morfina se le inyectaba por las noches, al final no le hacía casi efecto, tuvo metástasis, en los huesos, sufrió mucho. Él nos hizo sufrir más a nosotros, dijo el otro, nos apaleaba todos los días, a la misma hora, nos meaba, nos cagaba los días de cascada. Todo eso en francés. El más alto lo miró: no seas mal educado, la muchacha ya te dijo que no hablaras en francés. Ella rio: lo único que se decir en francés es *civupléz* y *mesié* y *madam*. ¿Por qué no la matamos? ¿A quién quieres matar? A esta puta. ¿Estás

loco?, vinimos a buscar al abuelo. Pero el abuelo no está, está la nieta, la nieta puta, tiene los mismos ojos, matamos a la nieta. La nieta no tiene culpas de lo que nos hizo el abuelo, por ese camino deberíamos matar a todo el país, y el país tampoco tiene la culpa. Todo se ha dicho en francés, rápido, sin mirarse a las caras, uno de los hombres cortante, duro; el otro confuso, taciturno, sin dejar de mirar a la chica. La muchacha soltó una carcajada: oigan, primero usted le dice que no hable francés y ahora resulta que se ponen a conversar los dos como si estuvieran solos, ustedes son muy... cómicos. *Pourquoi ne la tuons pas?*, insistió en preguntar el otro. Es cierto, discúlpalos, ha sido una sorpresa que... Ramón haya muerto, ha sido... triste, esperábamos encontrarlo..., abrazarlo, hacerlo... recordar los buenos tiempos. Ah, oui, les bons moments de la cascade, rezongó el otro. La muchacha los miró, dubitativa: no sé cómo era abuelo cuando lo conocieron ustedes, desde que tengo uso de razón... abuelo no era... precisamente muy dado a recordaciones. Los dos hombres quedaron muy serios. Afuera el sol era una bola de fuego. La bola de fuego más grande de todo el universo. Una bola de fuego que esperaba hacer lo suyo. Abuelo era un tipo..., no sé, triste, amargado..., hablaba poco, siempre de mal carácter, el cáncer le agudizó todo eso, yo... no vivía con él, vivía con mis padres. Era de esperar que con la familia también fuera un hijo de puta, dijo el otro, en francés. Me gusta cómo suena el francés, aseveró ella, y ustedes lo hablan muy lindo. El sol parecía querer entrar por el balcón, parecía insistir con todas sus fuerzas. Parecía desear rodar bola de fuego sobre el piso para quemarlos a todos. Especialmente a los dos hombres. Tal vez el sol no tuviera algo contra la muchacha. Con nosotros fue un buen hombre, certificó el más alto. El

otro soltó una carcajada: sí, todos los martes nos íbamos de juerga, era muy bueno con nosotros, sobre todo los fines de semana, le gustaban las cascadas y los juegos con palos. Ella abrió mucho los ojos: abuelo... ¿de juerga?, uff, me habría gustado ver eso. Era un hombre bueno, noble, gran amigo, volvió a decir el más alto. La muchacha no entendió lo de la cascada y menos lo de los palos. El sol, que había logrado entrar a través del balcón, no quiso escuchar más aquello y se fue otra vez afuera. Bufaba. Pues decididamente... ustedes conocieron otro Ramón Elejalde..., mi abuelo era..., ella quedó callada por un rato..., no sé, está mal que yo lo diga, soy... su nieta, pero, debo ser honesta..., a pesar de que ustedes sean sus amigos, de que hayan venido desde tan lejos a verlo..., el Ramón Elejalde que yo conocí... era... y me van a disculpar... un hijo de puta. La muchacha bajó la cabeza y desvió la vista a la pared, ceñuda. Otra vez los dos hombres se miraron: resulta que era un hijo de puta con todo el mundo, dijo el otro, en francés. El más alto no dijo nada. Tal vez la nieta nos habría ayudado a matarlo, volvió a decir el otro: *la petite-fille nous aurait aidé à le tuer*. Tu abuelo fue un buen hombre, repitió el más alto, tal vez le ocurrió algo, tal vez la vida lo cambió, la vida no pocas veces nos marca, nos desvía, uno no es culpable. La vida lo convirtió en un hijo de puta, dijo el otro, había deseado decirlo en español, gritarlo en español, decirle: mijita, no sabes la razón que tienes, tu mierda de abuelo fue un gran degenerado, pero estaba el francés y en francés lo dijo. Tú, ¿estudias? Historia del Arte, dijo la muchacha, segundo año, y sonrió. Una buena carrera, dijo el alto, si vas a París tienes que ir al Louvre. Ah, París sería un sueño, ¿cuándo se fueron a Francia ustedes? Hace mucho, más de tres décadas, teníamos...

23 años, casi éramos como tú entonces. El sol retornó a acodarse a los hierros del balcón. Entrar y quemarlo todo. Hervirlo todo. Quizá respetarla a ella. Eso pensaba el sol. ¿No saben que mi abuelo estuvo preso? Los hombres se miraron, asombrados: no, no lo sabíamos. Ella miró a uno y otro: intentó irse en una lancha. ¿El Tigre intentó irse en una lancha? La muchacha entornó los ojos. El más alto explicó: ese era el mote de tu abuelo, éramos jóvenes, todos teníamos motes entonces, yo era Polifemo, por lo alto; este era el Enano. Todos rieron. El sol calentaba duro más allá del balcón, bufaba, aguardaba. El Tigre había intentado irse en una lancha, el mundo se había puesto de cabeza, los pies quedaron mirando al cielo. El sol lo había hervido todo. Lo había jodido todo. Vaya, gracias a ustedes he sabido hoy cosas de mi abuelo que no sabía, al inicio pensé que ustedes lo habían conocido en la cárcel. También ellos habían llegado hoy a ciertos hechos, impensables, gracias a ella, así lo dijeron, eso, por ejemplo, eso del Tigre huyendo en una lancha, el Tigre preso. Ella tomó la bandeja con las tazas y la llevó a la cocina. En la cárcel lo conocimos, solo faltaría decirte que tu abuelo era el carcelero, que tu abuelo nos apaleaba como un salvaje. El más alto miró a su colega: quiero que te calles, que dejes de hablar en francés. Eso, regaña a tu amigo, pidió la chica, sonriente, es maleducado, sigue con su *buasuan*, *bumiesen*, pero lo habla precioso. Ella mira al otro y sonrío: de verdad, lo hablas de maravilla, es como si estuvieras en una peli. El sol está otra vez sobre los hierros del balcón, se tambalea, vamos, parece decir, ya es hora. La muchacha no puede cargar las culpas del abuelo, sermonea el más alto, piensa en tu hija, lo dice y por esta vez no lo ha hecho en español. La muchacha lo miró y asintió: sí, el francés es adorable,

por eso lo llaman el idioma del amor, ahora estudio inglés, pero no más termine, les juro... ¡comienzo el francés! El más alto la elogió, esa dedicación a los idiomas, al estudio: no dejes de hacerlo, y se puso de pie. El otro lo imitó, muy serio. Desde el balcón el sol hizo sus aprestos. Miren, antes de que se vayan, una foto de abuelo, ahí todavía no se le había diagnosticado el cáncer. Un anciano, delgado, muy delgado, sentado en una silla de ruedas, la mirada hosca, perdida, mirada de lobo viejo. El relumbre, el mismo relumbre. Hacía años que no caminaba, una trombosis, explica ella. El más alto le extendió la mano: todo un placer, señorita, sentimos mucho que... Ramón, su abuelo, haya muerto. Sí, nos habría gustado matarlo nosotros, dijo el otro, quizá con tu ayuda: *oui, nous aurions aimé le tuer, peut-être avec votre aide*. Ah, pero no me digan señorita, ya les dije que me llamo Rebeca, Rebe, pueden decirme Rebe. Como la Rebehka bíblica, la mujer de Isaac, es un nombre lindo, dice el más alto. Agradece ella, agrega que de religión sabe poco, los acompaña a la puerta, el más alto pone una mano en la cabeza a la muchacha: corazón, le dice, que Dios te bendiga, y bendiga esos muslos tan apetitosos, agrega el otro: *et bénissez ces cuisses appétissantes*. Ella sonríe, los abraza, a ambos: saben que tienen una amiga en Cuba, si vienen no dejen de pasar. Antes de irse el más alto le tomó las manos y le dejó un billete, 20 euros. Bajaron las escaleras serios, reconcentrados, moviendo muy a desgana los pies. Otra vez quedaron al sol, a la mugre, la polvareda, allí, mirando a un lado y otro, sin hablar, resistiendo la brisa, las hojas secas de yagruma regodeándoseles entre los pies, la brisa llegada de quién sabe dónde, arrastraba la basura, la mugre, una polvareda sin tiempo, al final se fueron a los bancos, los bancos del parque, ese sitio en

el que antes hubo un hospital, las manos a los ojos para protegerse del sol. Aquí había un hospital, dijo el más alto, ya no recuerdo cuántos pisos, mi madre me traía de niño. El pasado era un tornillo de banco, una prensa. El otro no dijo nada, quedó mirando al cielo, ya sin las manos, mirando arriba sin que le importara el sol. Ha pasado mucho tiempo, siguió diciendo el más alto, se entraba por allí, había una cerca, un edificio de grandes bloques, todo color terracota. El sol se acercó a los dos hombres y los inundó. No esperó más. El parque todo fue un hervidero. Una llamarada. En el parque solo quedaron los dos hombres. Sí, esto era un *grand hôpital*, dijo el otro. Un hospital de niños, remarcó el más alto. Ah, oui, *pédiatrique*. Y bramó el calor, ascendió el humo, todo fue vapor, quedó solo el sol, el fuego.



SEGUNDO PREMIO

En forma

Oswaldo Gallone

Oswaldo Gallone

Nacido en Argentina, Oswaldo Gallone es docente, periodista, corrector y editor. Como periodista cultural ha colaborado en numerosos medios como La Razón, Siete Días, Tiempo Argentino, “*El Periodista de Buenos Aires*”, Cuadernos Hispanoamericanos, “*Le monde diplomatique*” y “*Revista Ñ*”.

Como corrector de estilo ha trabajado en “*La Razón*”, imprenta del Congreso de la Nación y revista virtual Abanico. Como editor, entre otros trabajos, ha sido responsable editorial y de corrección de los catorce volúmenes de la colección “*Autobiografías, memorias y libros olvidados*”, editada por el Fondo Nacional de las Artes en 1999; editor de volúmenes de divulgación en el Grupo Editorial PLANETA durante los años 2002 y 2003, editor y corrector de la edición impresa del diario INFOBAE en 2004.

Como docente, ha estado al cargo de los seminarios Literatura argentina contemporánea y Literatura hispanoamericana del siglo XX en el Centro Cultural San Martín en los años 1984 y 1987; en el seminario “*Las ciudades en la literatura*” (Universidad de Arquitectura de La Plata, 1988), Seminario “*Gramática para periodistas y gramática para escritores*” (Liberarte, 2003), Seminarios de Teoría y Crítica literaria (Biblioteca Nacional, desde 2003 hasta la actualidad)

y Seminarios privados de “*Clásicos y contemporáneos*” desde 2005 y hasta la fecha. Por otro lado, entre otros, ha sido redactor de los debates parlamentarios entre los años 1987 y 1999, adscrito a la Imprenta del Congreso de la Nación.

Ha escrito numerosos libros, entre ellos, “*Crónica de un poeta solo*” (Ed. Botella al Mar, 1975), “*Ejercicios de ciego*” (Ed. Botella al Mar, 1976), “*Montaje por corte*”, novela (Ed. Puntosur, 1985), “*Una muchacha predestinada*”, novela (V.S. Editores, 2014) y la novela “*La boca del infierno*”, (Evaristo Ediciones, 2016). Además, ha colaborado con diversas ediciones dedicada a Kafka y a Borges.

Entre los numerosos premios recibidos, se encuentra el primer premio en la Convocatoria Nacional “*Cuento y Ensayo*”, organizada por “*San Luis Libro*”, en el rubro ensayo en el año 2010 con la obra “*Lectura de seis cuentos argentinos*”. Obtuvo, asimismo, en 2011 el premio a la Mejor Novela en el III Premio de Novela Corta, con la obra “*La niña muerta*”. Primer premio a la Mejor Novela en la convocatoria realizada por V.S. Editores en el curso del año 2013 por la novela “*Una muchacha predestinada*” y fue el ganador en la VIII edición del Concurso Literario Internacional “*Ángel Ganivet*”, año 2014, con el cuento titulado “*El estilista*”.

En forma

Oswaldo Gallone

Hasta ese preciso momento, Teresita era una intelectual; un tanto errática, es cierto, ligeramente imprevisible, y hasta, por momentos, desafiante, como cuando Roberto, por ejemplo, enunciaba un comentario de orden netamente circunstancial, esas obviedades que uno dice durante el desayuno para entretener el silencio y desempolvar los últimos restos de sueño: “Yo no sé dónde vamos a ir a parar si el dólar sigue subiendo...”. Teresita, entonces, levantaba la vista del café con leche, se apartaba el flequillo rubio de los ojos y lo increpaba con un imperioso tono de voz: “¿Desde dónde lo decís, Roberto? ¿Desde dónde lo decís?” Como Roberto, en rigor, no lo decía desde ningún lado, prefería doblar el diario en cuatro, apurar el último sorbo de café con leche y refugiarse en el cuarto de baño para completar sus abluciones matinales; aun desde allí, seguía escuchando la voz combativa de Teresita que abundaba: “Porque

si lo decís desde ningún lado, Roberto, entonces estás cayendo en la gratuidad del comentario.” Como Roberto no quería caer en ninguna parte, y menos que menos en la gratuidad del comentario, prefería callar.

Hasta ese preciso momento, Teresita se fumaba su buen paquete y medio de cigarrillos diario aspirando con fruición hasta el borde del filtro (no pudo bajar la cuota ni durante el embarazo de Robertito), trataba a Foucault como si fuera de la familia y asistía a cuanto taller de verano, curso de invierno y seminario abierto se dictaran en los distintos centros culturales de la ciudad.

Hasta ese preciso momento, Teresita había pasado, con mayor o menor provecho, por distintas fases: la psicoanalítica (estaban a punto de casarse y un día se le plantó a Roberto y le dijo que lo único que la molestaba era que él no había superado la etapa anal; Roberto creyó advertir una alusión a su presunta homosexualidad, gritó que no iba a tolerar que alguien pusiera en duda el carácter viril que emanaba de su persona toda, y poco faltó para que se desbaratara el matrimonio), la del compromiso militante (integró como activista de base la Liga Pro Defensa del Aborigen, y en una marcha para que les restituyeran sus tierras a los wichis se paró frente a un policía y le exigió: “¡Reprimíme, conquistador blanco!”; por suerte, el oficial en cuestión era un tipo más o menos experimentado y le dijo: “Circule, señora, por favor...”), la astrológica (estuvo convencida durante meses de que la República había

nacido en el transcurso del peor de los decanatos y poco faltó para que elevara un petitorio al Poder Ejecutivo solicitando la urgente refundación en el mes de enero para que el país prosperara bajo el signo de Acuario), la orientalista (compuso cuarenta y siete *haikus* en el curso de un semestre en el que no faltó un solo día al Jardín Japonés, lo emplazó a Roberto para que se sacara los zapatos cada vez que entraba en el departamento y lo instruyó a Robertito, que por entonces tenía cinco años, en los secretos de la ceremonia del té y el uso ritual del kimono), la nacionalista (empezó a usar poncho riojano y botas salteñas a despecho de las variaciones climáticas, se inscribió en un curso de percusión para aprender a tocar el bombo legüero, comenzó a llamar “chango” a Robertito y lo impulsó a Roberto para que los fines de semana fueran a ver partidos de pato en la localidad de Junín y domas de potro en San Antonio de Areco), la solidaria (consideraba a todos los discapacitados como “hermanos del alma”, armó un grupo de reflexión que se reunía en su casa y estaba compuesto por dos no videntes, un lisiado, un enano y una muchacha con inocultables problemas de frenillo; el grupo se disolvió cuando Teresita advirtió que la chica, que aparte de gangosa era más rápida que la luz, había comenzado a iniciar a Robertito, que por entonces tenía siete años y medio, en la práctica de la masturbación), la procubana (se compró todas las remeras estampadas con la cara del Che Guevara que encontró en el *shopping* del barrio de Caballito, le prohibió a Robertito, que por entonces había cumplido los ocho años y se masturbaba a escondidas recordando a la gangosa, probar una sola gota de Coca-

Cola, y le planteó a Roberto la necesidad perentoria de implementar en la fábrica una política de co-gestión con los obreros; cuando Roberto le demostró, lápiz en mano, a cuánto descendería el presupuesto familiar si él, como gerente, comenzaba a dar participación en las ganancias, Teresita desistió de las demandas y se limitó a escuchar a todo volumen la discografía completa de Silvio Rodríguez) y nuevamente la solidaria (esa vez formó un grupo integrado por una adolescente embarazada, dos adictos, un ex presidiario y tres chicos de la calle; los echó a todos al sorprender al ex presidiario y uno de los adictos revolviéndole los cajones de la cómoda en busca de efectivo y tarjetas de crédito; cuando cerró la puerta tras ellos y se quedó sola con su alma, reflexionó en voz alta y dijo en tono resignado: “Negros de mierda...”).

Hasta ese preciso momento, Teresita se abocaba, con la enjundia que le era característica, a un curso de arte rupestre dictado en *La boutique del libro*, de Villa Urquiza (no podía dejar de emocionarse hasta las lágrimas cada vez que mostraban una lámina con el bisonte pintado en las cuevas de Altamira, exceso de sensibilidad que atribuía a que Robertito, que por entonces estaba por cumplir los nueve años, había dejado atrás su primera infancia), y asistía al taller de escritura del Centro Cultural Adán BuenosAyres coordinado por el maestro Rogelio Cañizares (Teresita había arrumbado en un rincón del placard la carpeta con los cuarenta y siete *haikus* y ahora estaba en pleno proceso de creación de una novela-río cuyos protagonistas eran un empleado de una compañía de

seguros sensible y enfermizo que moría de tuberculosis y al que se mencionaba sólo por su inicial: K, un cuentista ciego que se paseaba por los arrabales de una ciudad innominada y vuelta a vuelta se terminaba perdiendo en un laberinto, un ex combatiente manco que se obstinaba en disfrazarse de caballero andante, un ruso epiléptico que rompía a llorar a propósito de cualquier sandez y un cantor de tangos de oscuro pasado, dudosa sexualidad y encantadora sonrisa, más un centenar de personajes menores que intentaban, no siempre con éxito, estar a la altura de las circunstancias; la novela ya tenía título –*Arquetipos y Esplendores*- y Teresita había consumido las ciento veinte primeras páginas a modo de sucinta introducción a la trama).

Hasta el preciso momento en que Amparito Ordóñez, vecina de la casa de la infancia, compañera de colegio y amiga de toda la vida de Teresita, festejó sus cincuenta años en el salón de recepciones *San Eduardo*, del barrio de Flores; en ese preciso momento, cambió todo. Teresita, desbordante de emoción, recordó con la amiga tiempos idos, le contó desordenadamente los pormenores de la novela y brindó por un aniversario que, según ella, delimitaba exactamente la mitad de la vida. En ese preciso momento, con un canapé de salmón en la mano izquierda y una copa de champán *démi-sec* en la derecha, Amparito Ordóñez, reflexiva, abstraída por un momento de su propia celebración, le dijo:

-Sí, Teresita, mirándolo con optimismo, la mitad de la vida, pero vivida por la mitad... si no fuera porque me hicieron dar cuenta a tiempo...

-Pero, ¿qué querés decir, Amparito? –preguntó Teresita sorprendida, en vilo, levemente alarmada.

-Lo que te digo, Teresita, lo que te digo. Decí que me avivó Clarita Ballesteros, una amiga que vos no conocés, que si no... -tomó un sorbo de champán y se avino a completar la explicación-. ¿Sabés cómo vivimos nosotras hasta ahora?

No, por el gesto que descomponía su rostro, evidentemente Teresita no sabía cómo habían vivido hasta ese preciso momento.

-De acá para arriba –prosiguió Amparito con un revoleo de canapé que abarcaba de la barbilla a la frente-, por suerte, Clarita Ballesteros me avivó de que a partir de esta edad hay que empezar a vivir de acá para abajo –y la copa de champán sugirió un recorrido descendente desde el cuello hasta los pies-.

Teresita no cabía en su asombro y no pudo dejar de preguntar:

-¿Y cómo hacés para vivir de ahí para abajo?

-Ejercicio físico, Teresita, ejercicio físico, hace cuatro meses que voy tres veces por semana al gimnasio y te puedo asegurar que soy otra...

Una prima la reclamaba para que posara en una foto familiar y Amparito Ordóñez tuvo que trasladarse a la otra punta del salón dejando a Teresita con la boca abierta y la confirmación de algo que había intuido apenas entró en la fiesta con Roberto: su amiga

estaba mejor que nunca; el secreto, pues, estaba en el acondicionamiento físico. En ese preciso momento, Teresita cambió su vida.

A la mañana siguiente, sobre el filo del mediodía, llamó por teléfono a Amparito Ordóñez para informarse de los implementos necesarios a fin de comenzar un programa de ejercicios físicos, a la tarde pasó dos horas y media en el probador de una casa de deportes (compró dos pares de zapatillas para *trekking* liviano y *trail running*, cuatro vinchas, cinco pares de medias de algodón, un cronómetro, dos conjuntos de gimnasia de *lycra* y uno de frisa, ocho musculosas de colores vivos que se adherían al cuerpo y cuatro muñequeras de tela de toalla; el vendedor le obsequió, como atención de la casa, un llavero con el Pato Donald vestido de beisbolista que, a su vez, Teresita le regaló a Robertito que por aquel entonces andaba por los nueve años, había visto de casualidad a la gangosa desde la ventanilla de un colectivo en las inmediaciones de Primera Junta, la gangosa lo había reconocido y le había dedicado un gesto procaz e invitador que lo dejó excitado por un mes y medio; por lo cual, en el horizonte de su deseo no estaba, precisamente, el Pato Donald vestido de beisbolista sino la acuciante necesidad de conseguir la colección completa de la revista *Hustler* o, en su defecto, los últimos números de *Playboy*) y por la noche se inscribió como socia vip (lo que le daba derecho a acceder a todas las actividades) en el gimnasio *Power*, sucursal Caballito.

A la semana siguiente, Teresita se inició en tres actividades, que poco tiempo después ascendieron a cuatro y en un mes terminaron por ser cinco, a fin de obtener resistencia, energía, potencia, movimiento y *rélax*, cinco atributos que sumados a una constancia militante debían derivar necesariamente en el desarrollo de una vida plena. Los lunes, Teresita se abocaba al *indoor cycle* bajo la supervisión de Valeria Monefiore; los martes, estiramiento y aparatos bajo la guía de Jonatán Cristaldi (un joven musculoso y ágrafo que se jactaba de completar series de doscientos abdominales seguidos, número que para Teresita se convirtió en uno de los nombres de la obsesión); los miércoles, desarrollo de glúteos y piernas orientada por Natalí Salinas; los jueves, taller de remo dirigida por Rudy Bonpiatti (ex remero olímpico que se había alzado con el trigésimo sexto lugar en singles en las Olimpiadas de Seúl); y los viernes, *step* al ritmo de Carola Pinto. Los sábados y domingos, Teresita, que no era ninguna indolente, trataba de no perder la tonicidad ganada durante la semana y aprovechaba cualquier momento libre para seguir trabajando los músculos, como aquel desapacible sábado de junio que Roberto volvía de visitar a su madre y la vio en el *living*, tirada sobre una colchoneta de color azul, subiendo y bajando las piernas. Robertito había ido a una fiesta de cumpleaños (un compañerito de colegio del que no era muy amigo, pero del que se enteró que había logrado bajar fotos de un sitio porno de Internet) y Roberto creyó adivinar en los enérgicos movimientos de su mujer una atávica invitación al sexo; en tres zancadas cruzó el *living* al

tiempo que se desabrochaba los pantalones, hasta que Teresita lo detuvo con la mirada y le dijo con acritud:

-¿Qué te pasa, Roberto? No seas desubicado. ¿No ves que estoy haciendo la bicicleta?

A los dos meses de asistir a Power sin que la detuvieran compromisos sociales, indisposiciones leves o hecatombes domésticas, el joven Jonatán Cristaldi, con trabajosa sintaxis pero inmejorables intenciones, le transmitió un dato cuyo valor objetivo era equivalente a un puñado de oro en polvo:

-¿Sabés? Esto es la base, ¿sabés? –comenzó el joven Jonatán Cristaldi promediando una de sus ya legendarias sesiones de abdominales ininterrumpidos-. La base, ¿entendés? La base-base –mientras giraba el cuello de derecha a izquierda para mantener el equilibrio de la torsión sin por ello distraerse del movimiento abdominal-. Una base, ¿sabés? Pero... -Teresita bebía sus palabras mientras contaba el número de abdominales, que en ese preciso momento ascendía a ciento veinticinco-... Después viene lo otro. O sea, lo otro –echaba mano de una tautología de orden elemental el joven Jonatán Cristaldi, no tanto para que el concepto quedara claro, sino por una insanable indigencia de vocabulario-. Lo otro, ¿entendés? Lo otro. Porque esto es una base, ¿sabés? –ciento cuarenta y dos, dijo para sí Teresita mientras aguardaba que el joven Jonatán Cristaldi le explicara exactamente qué era lo otro-. Y lo otro es el ejercicio aeróbico, ¿sabés?

Correr, correr, correr, ¿entendés? –y el joven Jonatán Cristaldi reacomodaba levemente la posición de la cintura sobre la colchoneta a fin de preparar el cuerpo para el esfuerzo final-. No hay con qué darle al ejercicio aeróbico, no hay con qué darle, ¿entendés? –doscientos, dijo Teresita extasiada, y entendió.

El sábado siguiente, a primera hora de la mañana, fue a los puestos de libros de Parque Rivadavia, vendió a precio vil los tres tomos de la *Historia de la sexualidad*, la *Antropología estructural*, *Para leer a Marx*, *Las palabras y las cosas*, las *Lecciones preliminares de psicoanálisis*, *Mitologías*, *El camino del zen* y *La rama dorada*, y adquirió, en una suma exorbitante, *Corriendo con el doctor Sheehan*; *El ABC del aerobismo*, de David Galloway; la vigésimo tercera edición de *Aerobics*, del doctor Kenneth Cooper; la *Guía del corredor*, de Gordon Bakoulis; y *Corre por tu vida*, una antología editada bajo los auspicios de la Asociación Atlética de Massachussets. A la tarde volvió a la casa de deportes y compró un surtido de soquetes de algodón, otro cronómetro más sofisticado, tres buzos de cuello redondo, dos riñoneras de tela de avión, seis bermudas de lycra, dos juegos de tobilleras de neoprene y dilató la adquisición de zapatillas porque antes quería leer el capítulo que Gordon Bakoulis le dedicaba al tema en su libro (esta vez, la atención de la casa consistió en un calendario desplegable que ilustraba cada mes con la figura de un deportista *amateur*, en un esfuerzo loable por rescatar del anonimato a quienes se mantenían al margen del espurio intercambio económico; Teresita

se lo regaló a Robertito y Robertito lo rechazó de plano, sin reparar siquiera en la pureza de la disciplina *amateur*, emocionado como estaba por haber obtenido –por medio del compañerito de la fiesta de cumpleaños– la copia del video *El semental moreno*, que miraba a hurtadillas cuando se quedaba solo en el departamento mientras deploraba no haber nacido de raza negra para poseer ciertos atributos que el filme ponía de manifiesto de modo harto elocuente). El resto del sábado y el domingo en su totalidad, Teresita, que no era ninguna improvisada, los dedicó a la lectura, el estudio y el fichado de cada uno de esos libros que, en conjunto, bien podrían ser considerados como la *Biblia del aerobista*. Todos eran prácticos, imprescindibles y estimulantes, pero el doctor Sheehan le añadía al consejo operativo una cuota de espiritualidad que para Teresita resultaba imprescindible. El doctor Sheehan, cardiólogo de Utah y apasionado corredor, aconsejaba al postulante mirar en su interior e interrogarse en torno a la razón última por la cual salía a devorar kilómetros a lo largo de los senderos vecinales; el doctor Sheehan postulaba que el dolor es la partera de la realización personal y el hermano siamés del corredor de fondo; el doctor Sheehan afirmaba que cada uno es el campeón de sí mismo y que el triunfo consistía en no abandonar el ritmo de marcha aunque las piernas se acalabrarán y el corazón se saliera por la boca; el doctor Sheehan planteaba que el aerobista corre cinco días sobre siete, pero que el hombre superior corre los siete días seguidos; el doctor Sheehan matizaba su enérgica prosa con citas de Confucio, Ortega y Gasset o Emerson a

propósito de los beneficios del deporte (y si bien no aseveraba que tales filósofos hubieran corrido, lo más probable era que sí); el doctor Sheehan se convirtió, por mérito propio, en el autor de cabecera de Teresita.

El lunes a primera hora, Teresita fue a la farmacia y compró un frasco grande de vaselina (David Galloway aconsejaba untar la cara interna de los muslos para evitar irritaciones por rozamiento), un par de lentes ahumados y un bronceador con factor de protección solar 45 (la Asociación Atlética de Massachussets había comprobado después de arduos estudios que, aun en los días nublados, lo que más quemaba era la resolana). Luego volvió a la casa de deportes llevando bajo el brazo la *Guía de Gordon Bakoulis* y se dispuso a elegir las zapatillas. La tarea, a estar por el texto, no era sencilla, pero Teresita se sentía capaz de afrontarla con éxito, más después de haber leído en el libro del doctor Sheehan el vibrante testimonio de Gail Waesche Kislevitz, una escritora independiente de Ridgewood, New Jersey, que resumía el credo del aerobista en una sola palabra: la autoconfianza. La suela media de la zapatilla debía ser de acetato de vinilatileno, la suela externa de caucho expandido y la toma del talón de material de carbono, a lo que había que agregar un potenciador de amortiguación y un calce confortable: debían ceñir sin apretar, la puntera debía tener cierto espacio libre (si bien Gordon Bakoulis no especificaba los centímetros, se daba por sentado que confiaba en la sensibilidad del deportista) y debía quedar el ancho de un pulgar entre el final del dedo más largo del pie

y el extremo de la zapatilla; tales eran los imperativos de Gordon Bakoulis refrendados en su integridad por la International Amateur Athletic Federation (I.A.A.F.), a los que se sumaba uno más: no había insensatez mayor que comprar las zapatillas sin haber corrido previamente, aunque más no fuera unos metros, con ellas; en virtud de lo cual Teresita, cada vez que se probaba un par (y se probó dieciséis antes de dar con el indicado) echaba a correr alrededor del salón para terror de los ocasionales clientes y visible incomodidad de los vendedores. Finalmente se decidió por dos pares que reunían las condiciones requeridas y le agregaban un microprocesador instalado en la capellada que ajustaba la circulación sanguínea según el terreno y el tipo de pisada del usuario. En esta oportunidad, la casa no tuvo ninguna atención para con Teresita y le cobró un ojo de la cara cada par de zapatillas.

Esa misma tarde comenzó el entrenamiento cubriendo de modo lento y penoso la periferia del Parque Centenario. Fueron dos meses de dolor, respiración entrecortada y vacilaciones, hasta que, intercambiando experiencias con otros aerobistas, pudo ajustar los detalles necesarios.

En principio, el *dictum* estaba en todos los libros y, por obvio, lo había pasado por alto: era imprescindible comer para correr y no correr para comer, por lo que había que modificar en ciento ochenta grados los hábitos alimenticios de toda la familia (Teresita no era egoísta y quería extender los beneficios de la salud a todos cuantos

la rodeaban). Una tarde de aciago recuerdo, Roberto y Robertito comprobaron que el paisaje de las alacenas se había modificado de modo sustancial: donde antes había sardinas en aceite, atún, berberechos, galletitas de maicena, chocolate en barra, tarros de café, salamines picado fino, ristras de chorizos colorados, bolsas de azúcar y paquetes de vainillas ahora se alineaban cajas de té verde, paquetes de arroz integral, comprimidos de centella asiática, tisanas sedantes (circulatoria y hepática), fideos de harina integral con mijo, germen de trigo, bizcochitos de gluten, yerba mate orgánica sin agrotóxicos y escones de avena. Comenzaron a desayunar una taza de yogurt, una taza de queso cottage, un té verde para cada uno y una rebanada de pan integral (para Roberto se añadía un comprimido diario de Prosn plus para evitar afecciones prostáticas; “más vale prevenir que lamentar”, había dicho Teresita); el almuerzo se componía de setenta gramos de carne magra, un tercio de taza de nueces, un huevo blanco, media taza de batatas gratinadas, un cuarto de melón, o una fruta entera de estación, o, en su defecto, una porción de panqueque de aproximadamente diez centímetros de diámetro. Las variantes para la merienda y la cena giraban en torno de dátiles secos, frambuesas, alubias pintas, media taza de altramuces y cien gramos de solomillo: alimentos ricos en carbohidratos, como se encargó de explicarle Teresita a la familia. Para evitar toxinas ambientales, incorporó a la dieta beta-carotina y vitaminas C y E; vitaminas B para convertir carbohidratos, grasa y proteínas en energía; calcio para evitar las fracturas por estrés; hierro y zinc para

generar hemoglobina y mioglobina. Robertito, que había cumplido los diez años y se había aficionado a la Coca-Cola luego de que Teresita abandonara su fase procubana, tuvo que reemplazarla drásticamente por bebidas isotónicas con alto contenido de cloruro de sodio para reponer el líquido perdido.

En segundo lugar, Teresita decidió declarar su casa como zona liberada de humo (había dejado de fumar hacía un mes y medio). Por distracción, costumbre o una genuina sensación de vacío en el estómago, una noche, durante la sobremesa, Roberto estuvo a punto de encender un cigarrillo; el grito de Teresita le heló la sangre y al grito le sucedió una filípica demoledora en la que se lo acusaba de asesino, adicto, suicida y desconsiderado, tras lo cual Roberto volvió a guardar el cigarrillo en el paquete, prefirió no discutir y salió a fumarlo al amparo de las sombras, en la vereda del edificio (Robertito no escuchó el alarido materno y sus consecuencias inmediatas, aferrado como estaba, en el interior del cuarto de baño, a la revista *Fantasías tropicales*, un mensuario de la más baja estofa, pero con fotos a todo color y mujeres abundantes contorsionadas en posiciones que atentaban contra las más elementales leyes de la física y a quienes Robertito dotaba de la cara de la gangosa, razón por la cual Teresita podía gritar hasta desgañitarse que Robertito estaba firme en lo suyo, concentrado, abstraído, como esos fanáticos que pugnan por introducir un barquito adentro de una botella por más que el mundo se venga abajo).

En tercer lugar, Teresita comprendió –merced a las frecuentes relecturas del libro del doctor Sheehan- que además del ejercicio físico en sí, que era la parte primordial del proceso de acondicionamiento, también resultaba esencial la estimulación externa. Descolgó, pues, el afiche enmarcado de Atahualpa Yupanqui que presidía el comedor y que había permanecido como testimonio de su fase nacionalista, y en su lugar dispuso un afiche a todo color de Gabriela Szabo, una rumana elegida como la mejor atleta del año por la I.A.A.F., en ropa de entrenamiento; y compró cuatro videos de sendas maratones de Boston en los cuales se veía arribar a la línea de meta, con rostros estragados pero felices, a Bill Rodgers, Amby Burfoot y una tailandesa de nombre impronunciable, entre otros atletas internacionales, y que Teresita miraba cada vez que el desánimo amenazaba con inficionarle la voluntad.

En cuarto lugar, se compró y estudió a conciencia los dos tomos de la *Anatomía para el movimiento*, de Calais y Germain, y el *Atlas de Anatomía Humana*, de Grant y Agur; los gurúes del aerobismo aconsejaban trabajar ciertos músculos, en especial durante el calentamiento previo, que Teresita no terminaba de localizar. Así, pudo ubicar a la perfección los femorales posteriores, los cuádriceps, las espinillas, y enterarse de que el agotamiento del lactato –al cual otorgaba tanta importancia el doctor Sheehan- está en relación directa con la incapacidad de los músculos de emplear oxígeno para producir energía.

Por último, le pidió a Roberto que la acompañara al Parque Centenario con la filmadora portátil a fin de analizar y corregir errores formales en su modo de correr. Luego de ver la filmación por tercera vez consecutiva, Teresita concluyó que su falla radicaba en la excesiva rotación de la parte superior del cuerpo; por fortuna, Gordon Bakoulis contemplaba la forma de solucionar la irregularidad: reducir la oscilación del brazo y el hombro. La filmación también le aportó alivio: no se registraban errores biomecánicos, cuya corrección siempre era más ardua.

Tres meses después, Teresita ya daba diez vueltas al Parque Centenario, estaba en condiciones de superar el umbral de lactato, se había comprado un monitor de frecuencia cardíaca merced al cual pudo comprobar que oscilaba entre ciento dos y ciento diecinueve pulsaciones por minuto (exactamente lo que prescribía David Galloway en su capítulo “Correr de corazón”), había aumentado sensiblemente su base aeróbica, combinaba correctamente intensidad y volumen de entrenamiento y estaba familiarizándose con las estrategias competitivas. Dos meses después, seguía dando diez vueltas al Parque Centenario y aún le quedaba resto para cubrir la distancia que la separaba de Plaza Irlanda esquivando perros excitados y automovilistas impacientes.

Pretextando una inexistente sobrecarga laboral, Roberto cada vez llegaba más tarde a su casa. En realidad, estaba viviendo una apasionada relación

sentimental con una compañera de la fábrica, una mujer que lo sedujo cuando le dijo que sabía preparar pizza casera y carré de cerdo relleno; a veces ni siquiera mantenían relaciones sexuales: Roberto la acompañaba a su departamento, rociaban la cena con abundante borgoña, Roberto fumaba dos o tres cigarrillos en la sobremesa y experimentaba una sensación de placidez similar a la que le sucedía al orgasmo. Teresita no advirtió las reiteradas tardanzas de Roberto pues en ese preciso momento estaba abocada a perfeccionar técnicas de *sprint* porque se había anotado para participar en las Fiestas Mayas, una carrera de veintidós kilómetros cuyo circuito unía varios barrios de Buenos Aires. Era la primera competición seria de Teresita, y en la línea de largada un corredor desconocido que estaba a su lado le dijo, luego de mirarla con demorada intensidad:

-Qué buenos cuádriceps que tenés, rubia.

Emocionada, conmovida, al borde de las lágrimas, Teresita sólo atinó a decir:

-A todas les dirás lo mismo... -,tras lo cual, largaron.

No hizo falta que transcurriera mucho tiempo para que Teresita advirtiera que cualquier distancia le estaba empezando a quedar chica. Había cubierto con holgura los veintiún kilómetros de la Media Maratón organizada por la Secretaría de Deportes, había participado y concluido sin apremios los cuarenta y dos kilómetros de la Maratón Municipal y ahora estaba dispuesta a abordar el ultramaratón o el triatlón (cada vez se sentía más identificada con el capítulo del libro de David

Galloway titulado: “¿Qué hacer cuando cuarenta y dos kilómetros no alcanzan?” Eso, pensaba Teresita: ¿qué hacer?). Gracias a la providencia, un grupo de aerobistas del Parque Centenario la interesó en una prueba que uniría Buenos Aires con Luján; trayecto tentativo, le aclararon, porque si al arribar a la célebre basílica se sentían en condiciones físicas, seguirían algunos kilómetros más. Ésa, pensó Teresita, ésa era la respuesta a la inquietante pregunta planteada por David Galloway: una carrera sin fin.

El día establecido para la prueba, un radiante domingo de primavera, Roberto no estaba (vivía casi la mitad del tiempo en el departamento de su compañera de fábrica), pero Robertito (que por aquel entonces tenía once años y ya había visto *El semental moreno II, III y IV*, sabía ingresar con la pericia de un *hacker* en las páginas porno de Internet, e incluso se había comunicado un par de veces con una *hot line* y le pedía a la chica de turno que le pusiera voz de gangosa) la acompañó a la línea de partida, en el kilómetro cero, en Congreso. Alguna huella de enajenación habrá percibido Robertito en los gestos de Teresita, en la energía que volcaba en los ejercicios de calentamiento previo o en la excitación con que intercambiaba comentarios con sus compañeros aerobistas, que lo impulsó a preguntar, en un hilo de voz, con una inocultable sombra de angustia: “¿Cuándo volvés, mamá? ¿Cuándo volvés...?”. Pero Teresita ya estaba corriendo, ya se alejaba, ya se confundía con la línea del horizonte.



MEJOR RELATO MONEGRINO

La curiosa mutación de Ladislao Benegas

Manuel Lozano Tébar

Manuel Lozano Tébar

Manuel Lozano Tébar se dejó caer por el mundo en Albacete, cuando corría la primavera del año 1972. Su verdadera aspiración siempre ha sido la de trabajar como inspector para la Guía Michelin, pero hasta que llegue tal cosa —que confiesa ver cada vez más lejana—, se gana la vida impartiendo clases de Filosofía en el Instituto de Educación Secundaria “*Estados del Duque*”, de Malagón (Ciudad Real). Anteriormente, y como funcionario de la Junta de Castilla-La Mancha, ha ejercido como profesor de Secundaria y Formación Profesional en diferentes destinos de las provincias de Albacete y Ciudad Real. Sobre todo en la escuela rural, de la que se confiesa decididamente enamorado por otra parte.

En el ámbito literario ha cultivado sobre todo el relato corto. Género en el que ha obtenido diversos galardones, entre los que destacan el Premio “Románico Digital”, el accésit al mejor relato presentado por estudiantes en el XXV Concurso UNED de Narrativa Breve, primer premio en el Certamen de Relato Costumbrista “*Cecilia Böhl de Faber*” (Ayuntamiento de Fernán Caballero), premio en el VIII Certamen Literario “Historias de la Torre Vieja”, de Alguazas (Murcia) o accésit a la mejor idea creativa en el II Concurso Literario “*La Olmeda*” (Diputación de Palencia), entre otra decena de reconocimientos a su producción literaria.

La curiosa mutación de Ladislao Benegas

Manuel Lozano Tébar

La primera vez que oí hablar de Ladislao Benegas fue a finales de los años noventa. Durante cierta conversación en una de aquellas librerías de viejo de Madrid que lamentablemente y como tantas otras cerró sus puertas hace ya mucho tiempo. Arrastrada quién sabe si por la crisis económica o por la falta de manos que tomasen el relevo tras la jubilación del titular.

Esa mañana yo ejercía el mero papel de acompañante de M. —con quien mantenía por esa época una relación algo más que estrecha y sobre cuya identidad guardaré aquí una conveniente discreción— por lo cual creo justificado decir que mi primer contacto con el autor fue absolutamente casual. Uno de esos acontecimientos azarosos que de vez en cuando surgen en la vida y en los que está ausente por entero cualquier intención de encontrar o de ser encontrados. A pesar de la mucha

relevancia que con el paso del tiempo, eso también es bueno confesarlo, pudiese llegar a tener para mí la figura del prolífico escritor.

El caso es que M. andaba entonces a la búsqueda de material para alguna de sus investigaciones universitarias y en medio de la charla entablada con el dueño del establecimiento, entre otros muchos otros nombres relacionados con la literatura popular española, acabó por salir también el de Benegas. Que hasta ese instante debo reconocer que había sido un completo desconocido para mí como imagino que le ocurriría a la mayoría ante un escritor de los muchos que no han sido expuestos al gran público. El librero —uno de aquellos tipos a los que les gusta tomar su oficio en serio y que resultó ser un verdadero pozo de sabiduría en materia editorial— lo había conocido al parecer en persona. De cuando Ladislao Benegas todavía tenía residencia en Madrid. El hombre incluso se vanagloriaba de guardar en su colección particular y con la correspondiente dedicatoria alguna de las novelas del autor.

—Un tipo curioso el tal Benegas —afirmó mientras hurgaba en sus estantes atestados de volúmenes polvorientos—. Posiblemente el único que queda en su género en toda España. A lo mejor en el mundo entero.

—Y una lástima, también. Ladislao podría haber sido de los grandes si hubiese querido —M. se puso reflexiva de pronto. Como solía hacer ante las cosas que le importaban a fondo—. Siempre me he preguntado el porqué de aquel cambio. Los motivos que llevan a alguien capaz de escribir *El ocaso de los herméticos* a no crear luego más que novelitas «de serie b».

—Cosa que por otra parte hace como pocos, señora. La verdad por delante. Pero créame que no es ese cambio que usted dice lo único extraño en Benegas, ya le digo yo que no.

El hombre siguió hablando un rato más. Describiendo el rumbo que había tomado Benegas tras dejar Madrid y enfocándose en el camino ciertamente curioso emprendido por el personaje. Aunque por aquel entonces lo cierto es que no le di mayor importancia yo al tema y me limité a escuchar de forma un tanto apática la información ofrecida por el librero. Al fin y al cabo la interesada en la cuestión era la persona a la que acompañaba en ese momento y a mí, personalmente, el subgénero practicado por Ladislao Benegas me interesaba digamos que tan poco como lo hacía la trayectoria vital del autor o sus cambios de estilo.

La visita se zanjó con la compra de un par de volúmenes por parte de mi pareja —dos libros encuadernados en rústica, de poco más de cien páginas cada uno e impresos en papel amarillento de baja calidad— y a partir de ahí no volví a escuchar el nombre durante muchos años.

Hasta que nuevamente, ya en la segunda década del siglo XXI, Ladislao Benegas volvió a cruzarse en mi camino. Esta vez de forma mucho menos casual según mi forma de ver las cosas y a petición expresa de quien era en esa etapa mi redactor jefe. Al parecer había cierto interés en el diario por sacar un reportaje sobre el autor en el suplemento cultural del periódico, quizá más por lo exótico del personaje que por sus méritos literarios, y de algún modo cuyos pormenores desconozco fue final-

mente a mí a quien le correspondió la tarea.

—Averigua un poco más de ese tipo y luego queda con él. Te vas para Huesca un par de días y lo entrevistas.

Que fue la instrucción tajante recibida por parte de la dirección y el modo en el cual empecé a bucear yo en la vida y obras de Ladislao Benegas. Alguien sobre quien no tenía por otra parte más información que los cuatro vagos detalles aportados por mi redactor jefe y los ecos de una vieja conversación escuchada años atrás en una librería ya desaparecida. Material a todas luces insuficiente no solo para la elaboración de un artículo que resultase medianamente digno sino incluso para presentarme ante Benegas con una mínima sensación de haber hecho mis deberes.

La posibilidad de recurrir a M. en busca de algún dato más sobre el autor o su obra fue por supuesto de las primeras posibilidades que pasaron por mi cabeza tras recibir el encargo. Yo tenía plena seguridad en que sería abundante la información que mi antigua compañera pudiese aportar sobre el tema, más todavía teniendo en cuenta que entraba de lleno en su ámbito de especialización académica, y por un breve momento me hice la ilusión de poder contar con esa ayuda. Aunque no tardó mucho tampoco en imponerse una realidad bien distinta a la formada en mi entusiasmo inicial: nuestra relación había finalizado de forma poco amigable, el contacto entre nosotros llevaba años siendo absolutamente nulo y no estaban en definitiva las cosas como para plantarme ante ella y pedirle, así sin más, que sacase un rato de su tiempo para orientarme sobre este o aquel autor.

De modo que descartado dicho apoyo, que a la fuerza ahorcan, comencé a buscar por mi exclusiva cuenta.

La gran novela de Benegas, *El ocaso de los herméticos*, resultaba complicada de encontrar a tales alturas; un libro que llevaba descatalogado al menos un par de décadas y del que no hallé rastro alguno siquiera en las librerías de lance físicas o digitales a las que solía recurrir ante casos parecidos. Finalmente, tras bucear a fondo en el completísimo catálogo informatizado de la red regional de bibliotecas, conseguí hacerme unos cuantos días después con un ejemplar en préstamo de cierta antología en la que venía incluido el texto. Para cuando llegó a mis manos aquel tomo, ciertamente ajado y con manchas de humedad en una parte considerable de sus páginas, ya había tenido ocasión de leer un buen puñado de reseñas sobre la novela, a la que la crítica dirigió en su momento no pocas alabanzas. Clasificándola como escrito magistral, de gran profundidad psicológica y con una magnífica elaboración de los personajes. Un relato, en definitiva y en palabra de muchos comentaristas, de excelente factura y donde se había cuidado hasta el extremo el manejo del idioma.

Sin embargo, a pesar de los innegables méritos presentes en aquella primera obra de la que tan buenas críticas había leído, si por algo alcanzó cierta fama Benegas —y sospecho que justo ahí radicaba el interés de mis editores— no era sino por su otra faceta como escritor. Por las numerosas novelas del Oeste que había terminado por convertir él en la principal de sus ocupaciones y en su forma de ganar la vida. De modo que opté por centrar en tal aspecto el grueso de mi inves-

tigación. Dejando temporalmente al margen su vieja opera prima, de tan buena reputación como distinta por completo al resto de sus escritos, y a la espera de dilucidar conforme avanzase en mis pesquisas —quizá con la esperanza de que estuviese también ahí el punto fuerte de mi reportaje— aquello que años atrás quedó como duda en la charla de la librería. El porqué un prometedo autor abandona tras un éxito rotundo la literatura sería para entregarse con armas y bagajes a lo que no deja de ser, se mire por donde se mire, un subgénero menor.

La precisa cuestión, traída quién sabe si desde la nostalgia, que no supo responder M. casi década y media antes.

Supongo que cada género literario tiene su momento. Y al igual que fueron moda en su día los libros de caballería o causó furor durante siglos la novela picaresca, los relatos del Oeste tuvieron también su tiempo. Años de gloria en los que se editaba semanalmente y por lo general en formato octavilla aquel tipo de relatos con escasas pretensiones protagonizados por tipos rudos y altos —el protagonista era invariablemente alto— que cabalgaban, vivían y tiroteaban a lo largo y ancho del *far west*. Nuestro particular *pulp* para un país en cuyo gusto encajaba mejor el solitario vaquero de las praderas americanas que el *gangster* urbano de Chicago o el detective que trabaja entre el asfalto de Los Ángeles. Tal vez porque no éramos entonces sino un país apegado en el fondo a lo rural o porque encajase mejor en los dictados de la censura aquella visión idílica hasta el extremo del Oeste americano. O quizá porque no deja-

ra de ser en definitiva el protagonista —muchas veces poseedor de un oscuro pasado como pistolero en busca de redención— un trasunto de aquel otro legionario de quien nadie en el Tercio su historia sabía. Vaya usted y averigüe.

El contacto que yo pude haber tenido con ese género particular que constituye el *western* era ciertamente escaso. Limitado al recuerdo de mi abuelo leyendo con relativa frecuencia aquel tipo de publicaciones de pequeño tamaño que venían casi siempre con el sello de la vieja editorial Bruguera estampado sobre la portada a color. Él solía intercambiarlas en una tiendecilla de barrio minúscula cargada de olor a papel, a regaliz y a golosina, hasta donde le acompañaba de vez en cuando yo para renovar el manojito de tebeos —siempre me ha gustado más ese término que el de cómic— que constituyeron mi iniciación al mundo de la lectura. Para conseguir también, si el día venía de cara, uno de aquellos sobres sorpresa que tanto me fascinaban a los ocho años y que eventualmente tenía a bien regalarme el abuelo.

A decir verdad, nunca mostré excesivo interés por ese tipo de escritos del lejano Oeste. Mis querencias de la época se inclinaban más hacia el atractivo gráfico de los «Mortadelos» o «Jabatos» y poco llegué a internarme yo en las páginas de las novelas de vaqueros del abuelo al margen de alguna esporádica pregunta por los personajes de la portada. Supongo, pensando ahora sobre el tema, que algo tendría que ver en ello el cine. O el tener película de vaqueros en la tele todos los sábados, para ser más exactos y como era lo habitual en mi caso. Cuando se goza de acceso a la versión audiovisual del

mismo tema no es precisamente poco el atractivo que pierde la sencilla letra escrita en negro sobre blanco. Algo que quizá nos explique muchas cosas y sobre lo que más de una vez, intuyendo que hay en ello un buen tema para escribir, he pensado que debería dedicarme a reflexionar con calma.

Fuera del modo que fuera, documentar el reportaje sobre Benegas exigía de forma inevitable una aproximación de primera mano a esa faceta suya de escritor exitoso de *western*. Con lo que no me quedó otra que armarme de paciencia y atrincherarme en casa un par de tardes para leer alguna de aquellas novelas del Oeste que tanta fama le dieron al escritor en su día. A pesar de la pereza mayúscula que no oculto que me generaba tal idea. Tras sumergirme durante horas en la labor y meter entre pecho y espalda títulos tan sugerentes como *Revolveres de Texas*, *Caza de cuatrerros* o *Fiebre comanche*, alcancé plena certeza sobre un par de conclusiones de las que me apresuré a tomar buena nota. La primera de ellas, innegable de todas a todas, era que había charcos de lluvia en la acera con más profundidad que los relatos de cowboys pergeñados por Ladislao Benegas. Sin temor alguno a pecar de exagerado con lo dicho. La segunda apreciación, igualmente rotunda, que mi autor resultaba ser sin embargo un verdadero maestro de la intriga. A pesar de lo anterior y aunque repitiese el mismo esquema narrativo una y otra vez. Alguien dotado de una capacidad ciertamente sorprendente para captar la atención del lector desde la primera página.

La mezcla de ambos componentes me resultó sencillamente llamativa. Pensando sobre todo en el des-

perdicio que suponía emplear tantísimo talento como el que latía bajo aquellas líneas para no lograr sino algo mediocre por completo en lo literario. Para mí, a la vista de lo leído, era inevitable coincidir con M. en que Benegas podría haber sido de los grandes y que hubiese resultado un absoluto fuera de serie de haber aplicado a trabajos de mayor consistencia toda aquella habilidad para crear tramas y mantener el interés del lector que mostraba desbordante novela tras novela. Por no hablar de la tremenda precisión en el uso del lenguaje de la que hacía gala incluso en libros que debía escribir a un ritmo frenético. Casi semanal en las épocas de mayor producción y sin tiempo seguramente para un exceso de revisiones.

Tras las pertinentes gestiones telefónicas y después de haberme dado por satisfecho con mi tarea de documentación previa, acordé finalmente una cita con Ladislao Benegas. Había llegado el momento de conocer en persona a quien venía ocupando mis pensamientos durante los últimos días y con tal fin inicié el viaje hasta la localidad de Peñalba, en Huesca, donde había establecido su residencia desde muchos años atrás el escritor. A casi cuatro horas en coche de Madrid y en medio de un lugar —Los Monegros— del que mi única referencia válida era la de un festival de música electrónica. De esa que particularmente no me resulta demasiado atractiva y que por lo que recuerdo vagamente se publicó en su momento como «Desert Festival». Una de aquellas reuniones para las que uno debe reconocer que no tiene ya edad y que convocaba cada año, según mis referencias, a unos cuantos miles de jóvenes deseosos

de gozar con los ritmos del momento.

La aproximación a mi destino, una vez dejada atrás Zaragoza y avanzando por la AP-2, ofreció a mi vista un paisaje árido que hacía perfectamente honor al nombre de desierto con el que se decidió bautizar al dichoso festival de música. Estaba desde luego bien denominado —eso resultaba claro de todas a todas—, y no pude evitar tampoco pensar que pocos lugares en la geografía española cuadraban más que aquel entorno con un escritor de novelas del Oeste como el que yo iba a visitar. Con las laderas de las colinas desprovistas casi por completo de vegetación y exhibiendo la roca desnuda de un modo que recordaba en gran medida los paisajes propios de una películas de Ford o Peckinpah.

Seguí las instrucciones del GPS una vez alcanzada la localidad. El agente literario de Benegas me había facilitado las coordenadas de la finca del escritor, a unos cuantos kilómetros del núcleo urbano, y obediente a la voz que desde el aparato iba señalando giros y cruces abandoné la autovía por la que había circulado hasta entonces para adentrarme en una maraña de carreteras secundarias y caminos polvorientos en los que la tierra prensada sustituía finalmente al asfalto. Rodeado por una naturaleza que se volvía cada vez más reseca conforme me separaba del pueblo y en la que podía percibir con total claridad el espectacular efecto de la erosión sobre las piedras. La forma, sin lugar a dudas impresionante, en la cual el viento había terminado por esculpir caprichosamente y lo largo de milenios las gigantescas rocas que conformaban el horizonte de Los Monegros.

Debo reconocer que durante aquellos instantes en

los que ya había perdido de vista Peñalba, sin compañía alguna en mi automóvil y sin tener ningún otro vehículo a la vista, la sensación de soledad resultaba máxima. Acentuada en aquella inmensidad que iba atravesando por la ausencia de caseríos o de cualquier otro rastro de presencia humana que fuera visible entre los tonos rojizos y grisáceos de un paisaje desprovisto por otra parte de árboles y hasta de matorros. Y sin embargo, a pesar de no ser yo alguien precisamente dado al anacoretismo, se trataba de una sensación para nada molesta y que en cierto modo hasta resultaba agradable. Una soledad carente por entero de carácter amenazador y que invitaba a parar el coche y bajar a contemplar el paisaje con calma. Aunque quizá fuera el término sobrecogedor el que mejor justicia hiciese a lo que pasaba en aquellos instantes por mi mente, arrojado necesariamente a la visión de la inmensidad en torno a mí y a la comparación inevitable con mi propia menudencia.

A eso de la media tarde alcancé por fin mi destino. Puntual como era mi deseo y a pesar del desvío que me había obligado a entrar en el pueblo de Bujaraloz para comer. En busca de un lugar llamado La Perla o La Joya —no recuerdo con exactitud el nombre— que me recomendó un compañero de la redacción y que fue decididamente todo un éxito si lo juzgamos por el fabuloso ternasco con el que saqué mi apetito.

Por supuesto ya estaba informado desde tiempo atrás de que aquello con lo que iba a encontrarme una vez llegado a la finca del escritor tenía más que ver con una película que con cualquier otra cosa y que su vivienda formaba parte de la propia excentricidad de La-

dislao Benegas. Y sin embargo, por mucho que hubiera pensado en ello, jamás hubiese imaginado que el asunto llegara al extremo que ahora se ofrecía a mis sorprendidos ojos. Como si de repente y por arte de magia, a la vista de las construcciones en madera y del arco de entrada con letrero en inglés incluido, hubiéramos sido transportados el coche y yo hasta el corazón de Arizona. A un lugar más parecido en todo caso al set de rodaje de Bonanza que a cualquier otra cosa.

Benegas había convertido su finca en un auténtico rancho del oeste americano donde no faltaba detalle. Ni siquiera el molino de aspas de madera con el que debía extraer agua de algún pozo —suponiendo que no fuera el artilugio en realidad algo ficticio— o los caballos que aguardaban pacientes en un cercado junto al establo. Un sitio donde lo único que desentonaba a esas alturas éramos mi Volkswagen y yo.

Años atrás había podido visitar en Almería alguno de aquellos poblados de vaqueros que se levantaron en su día en el desierto de Tabernas. De los que terminaron reciclados como atracción para turistas cuando cesó la época dorada del rodaje y las producciones de Hollywood migraron en busca de otros escenarios más acordes con las nuevas modas. Se trataba de lugares que no dejaban de transmitir una marcada idea de impostura y donde predominaba al fin y al cabo la sensación de no estar uno más que frente a meros decorados al servicio de una función teatral de mayor o menor provisionalidad. Nada de todo eso, sin embargo, percibía yo en la propiedad de Benegas. En la que si algo latía en cualquier rincón al que pudiese dirigir mi vista era la

percepción de completa y profunda autenticidad. Absolutamente extraño, fuera de lugar si cabe, pero genuino en todo caso.

Ladislao Benegas, como no podía ser de otro modo, completaba todo aquel panorama de una manera más que acorde. El autor —había visto fotografías recientes suyas y lo reconocí al instante— permanecía en el porche de la vivienda principal ataviado con la vestimenta propia de un hacendado americano del siglo XIX: camisa blanca con chorreras en el pecho, chaleco abierto y sombrero Stetson de color marrón sobre la cabeza. Sin pistoleras, por supuesto, pero con un llamativo cinturón de gran hebilla rematando su atuendo. Se levantó con parsimonia al verme irrumpir en la finca, haciéndome señales sobre el lugar en el cual era conveniente aparcar.

Me pregunté por un instante si vestiría siempre así o si se trataba por el contrario de una simple puesta en escena para nuestra cita. Hasta el momento todas las fotografías que yo había contemplado de Benegas, por lo general destinadas a la solapa de sus novelas, lo mostraban de una guisa similar. Aunque a mí, la verdad sea dicha, me costaba trabajo imaginar a nadie capaz de llevar la representación tan lejos como para convertirla en su vida diaria. De uno u otro modo me alegré al ver a mi entrevistado con aquellos ropajes. Pensando en que se trataba de una circunstancia que contribuía no poco a la hora de dar lustre al reportaje y que las imágenes que pensaba tomar serían ciertamente llamativas. «Un *cowboy* en el desierto de Los Monegros», comencé sin apenas darme cuenta a pergeñar el título de mi trabajo.

Benegas resultó ser un tipo cordial hasta el extremo. De exquisitos modales y acogedor como pocos. A pesar de su avanzada edad, que ya pasaba con holgura de los ochenta años, conservaba una envidiable salud y lucidez y me sorprendió en gran medida que viviera por completo solo en aquel lugar ciertamente apartado.

—No crea que estoy tan aislado. Ahí arriba, en el tejado, hay una pequeña antena Wimax con la que me dan cobertura de teléfono e Internet —contestó con una sonrisa a mi apreciación al respecto—. Y a buena velocidad. Las cosas estaban mucho peor antes, pero poco a poco vamos mejorando. Es el futuro de estas zonas, ¿sabe usted? Las comunicaciones son lo que puede hacer a la larga que se mantengan los pueblos.

Me llamó la atención lo puesto al día que estaba en lo relativo a las nuevas tecnologías. Curioso para alguien de su edad que llevaba además unas cuantas décadas viviendo como un ermitaño en aquel lugar alejado de cualquier población. Más adelante, conforme fue avanzando nuestra charla, me reveló que llevaba ya tiempo empleando el ordenador para escribir. Y que la Red había sido todo un descubrimiento para él, especialmente a la hora de obtener material para sus relatos del Oeste.

—Figúrese usted lo que es tener los mapas de Google a mano. Lo bien que viene para localizar sitios y distancias cuando uno está escribiendo. Es algo que no tiene precio. Lafuente Estefanía tenía que buscar los nombres de sus personajes en una guía de teléfonos americana. Para que sonaran auténticos. El bueno de Marcial Lafuente guardaba aquella guía como oro en

pañó.

La charla con Benegas resultaba amena. Eso estaba claro. Era capaz de trasladar a su forma de conversar la misma fluidez verbal que yo había apreciado en sus escritos y se mostraba además abierto a cualquier tipo de cuestiones que pudieran plantearsele. Sin objeciones de ningún tipo. El que siguiera escribiendo *western* todavía hoy, unido al hecho de que tal vez fuera el último en practicar dicho género, fue una de aquellas primeras preguntas sobre la que respondió con franqueza.

—Seguro que hay más gente que escribe de lo mismo, no creo que sea yo el único. Se escribe de cosas muy raras hoy en día. Otra cosa es que yo tenga la suerte de que todavía me publiquen de vez en cuando y otros no gocen de esa fortuna. Aunque cada vez —adoptó un gesto sombrío— hay menos gente a la que le interese este tipo de novelas. El viejo Oeste hace ya mucho que dejó de estar de moda. ¿Sabe qué es lo que de verdad me da miedo, amigo?

Negué con la cabeza.

—Se lo voy a decir. Me da miedo sobrevivir a mis lectores. Que se mueran antes que yo todos aquellos a los que mis historias les puedan llamar la atención y me quede aquí solo y escribiendo para nadie. Que eso sí que es estar solo de veras. Aunque a mis años —el gesto quedó a medio camino entre el fastidio y la resignación— supongo que será difícil que pase.

Charlábamos en el interior de la vivienda. En el espacioso salón de la planta baja, forrado de madera y con sus ventanas abiertas hacia el desierto de Los Monegros

donde las sierras erosionadas por el viento se marcaban poderosas al fondo del paisaje. Llegado un determinado punto de la conversación, cuando estimé que el nivel de confianza entre nosotros había alcanzado determinado punto, inicié cuestiones de orden más personal.

—Todo esto —me atreví a preguntar—, el rancho, la ropa de vaquero... ¿Es únicamente una «performance», Ladislao? Quizá se trate de un homenaje a su género en el que se le ha ido un poco la mano. ¿No cree usted?

La respuesta del novelista sonó rotunda.

—Cada cual tiene su forma de escribir. En cierto modo es como las huellas dactilares, que no hay nunca dos repetidas. Y créame si le digo que es justo al revés de como lo afirma usted. Yo escribo *western* precisamente porque aquí es donde vine a vivir.

Supongo que debió ver la perplejidad en mi rostro. O que de algún modo se sintió compelido a ampliar la información.

—Esta finca era de mi esposa. Herencia de sus padres. Cuando Elvira enfermó los médicos aconsejaron el cambio de clima y nos mudamos a vivir aquí. Eso debió ser —Benegas entornó los ojos ligeramente al tiempo de hacer memoria— como para el año sesenta y cuatro o el sesenta y cinco. Por ahí más o menos. Tristemente ella murió al poco tiempo y a mí, la verdad, no me quedaron ganas ya de volver a moverme.

—¡Vaya, lo siento!

Yo conocía el dato de que era viudo. Aunque no sabía que hubiera sido ese motivo que me acababa de

revelar el que le trajo hasta el rincón de Huesca donde nos hallábamos. Mi anfitrión continuó hablando.

—¿Ha visto el desierto a nuestro alrededor? Imagino que se habrá fijado en él. ¿De qué otra cosa se podría escribir en un sitio como este? ¡Ande! ¡Eche un vistazo alrededor suyo y dígame si hay otro tema que pegue más con todo esto!

No supe qué contestar. Tampoco es que me diera excesivo margen para ello, ya que Benegas retomó de seguido su discurso. Pronunciando deprisa cada una de las palabras como si experimentase la urgente necesidad de soltar cuanto antes cosas que llevaba dentro durante quizá demasiado tiempo.

—Le voy a confesar un secreto, amigo. Al fin y al cabo no es mucho ya lo que me queda de andar por este mundo y no es bueno llevarse cosas al otro lado. Suponiendo que exista ese otro lado, claro está —sonrió con complicidad antes de proseguir—. Pero a lo que vamos. La naturaleza o el destino han tenido a bien dotarme de una capacidad inmensa para el manejo de las palabras. Para construir prácticamente cualquier cosa a base de lenguaje. Espero no sonar presuntuoso si le digo que no es ningún secreto eso que afirmo. Sin embargo, y aquí está una clave que bien pocos conocen, no ocurre para nada lo mismo con mi imaginación.

Yo asentía en silencio a su discurso. Consciente por la gravedad que veía reflejada en Benegas de que no era el momento de decir nada sino de simplemente escuchar. El autor siguió. Con el mismo ritmo acelerado que venía usando.

—Tristemente, debo confesar que soy incapaz de imaginar casi nada que no tenga delante. Y al igual que otros pueden crear ideas de la nada con facilidad, mi limitación en ese sentido es más que notable. Hasta el punto que tendría que viajar a África para poder escribir una sola línea sobre Safaris o embarcarme y navegar para hacer un relato marinero. Sé que suena extraño, pero la realidad es así. De modo que estando aquí, en medio de este paisaje del que tampoco he querido alejarme, es únicamente a la novela del Oeste a lo que puedo dedicar mis energías.

Remató después.

—Y al fin y al cabo, soy un perfeccionista. ¿Cómo era aquello que se decía de si la vida te da limones...? Pues esta es mi limonada y con el tiempo no he hecho sino perfeccionarla. Esa es la verdad, aunque si quiere quédese con la otra parte. La del folcklore. Como mejor le venga para su reportaje.

Publicamos el artículo finalmente en el suplemento del diario. Desprovisto de aquella última confesión que no me atreví a incluir ni a comentar siquiera con mi redactor jefe. Todavía desconozco si por considerarla demasiado íntima o porque no alcanzase a creerla en el fondo. De lo que opinase Benegas sobre mi trabajo no llegué por otra parte a tener jamás información, a pesar de lo mucho que intentase yo recabar luego sus impresiones.

Unos meses después llegaron a la redacción noticias sobre el fallecimiento de Benegas. En ningún punto de la entrevista me había hablado del cáncer que venía

minando su cuerpo desde tiempo a atrás y finalmente me dio por pensar que aquel viejo truhán consiguió finalmente evitar el peor de sus temores. Que no había sobrevivido a sus lectores. Casi de seguido, un notario de Sariñena hizo llegar hasta el periódico cierto voluminoso paquete dejado por el escritor como legado para mí.

Se trataba del manuscrito de *El ocaso de los heréticos*. Con su maravillosa historia sobre relaciones personales en un internado femenino durante la posguerra. O algo parecido al manuscrito y más cercano a un borrador o a un boceto, a juzgar por la redacción poco elaborada —hay quien se atrevería a decir torpe— que saltaba a la vista en cada una de las página de papel envejecido; apenas una serie de ideas y propuestas escasamente cosidas entre sí que no constituía más que el esqueleto de la gran obra finalmente publicada.

Venía escrito con letra de mujer, en una de aquellas preciosas caligrafías redondeadas que se enseñaron a mitad del siglo XX, y traía como firma una sencilla rúbrica apenas subrayada. Con una única palabra: «Elvira».

Por primera vez en todo aquel tiempo me vi con argumentos suficientes para corregir a M. en algo de lo que pudiese haber dicho ella quince años atrás. Sin la menor duda Ladislao y Elvira —así tal cual, los dos— hubiesen sido de los grandes. De no haber muerto ella, claro está.



Los Monegros
CONSEJO COMARCAL